

EDITORIAL

Un ritmo alentador en la industria agrícola

El aumento del ingreso bruto agrícola de Puerto Rico, que se elevó el año pasado de \$715 millones a más de \$929 millones, representa el fruto de la constancia y la creatividad de nuestros hombres y mujeres del campo, de la mano de un atinado programa gubernamental que infunde mayor confianza en la rehabilitación de ese vital sector de nuestra economía.

La secretaria de Agricultura, Myrna Comas, ha explicado que, con el Plan de Seguridad Alimentaria en mente, se realizó un inventario de los terrenos que son parte del patrimonio agrícola y que administra la Autoridad de Tierras. Hasta hace poco ni siquiera se conocía el verdadero potencial o la extensión de esos terrenos. Por lo tanto, ese era el punto de partida obligado para proyectar cualquier tipo de estrategia dirigida a fomentar la industria.

Con el mapa organizado en cuanto a esos terrenos disponibles, el Departamento de Agricultura y la Autoridad de Tierras han otorgado 96 fincas en alquiler y 63 contratos de renovación, aparte de enmendar otros 32 contratos, siempre en procura del mejor aprovechamiento de terrenos. A esto se suma el decidido empujón del denominado Programa de Fincas Familiares, que ha concedido 26 contratos en usufructo, 25 de arrendamiento y 32 títulos de propiedad.

Nadie puede negar que en Puerto Rico, en los últimos tiempos, ha habido un vuelco en la mentalidad de la población con respecto a las labores agrícolas. El hecho de que un sector donde abundan profesionales como agrónomos, botánicos y peritos en diversas disciplinas haya reconocido la importancia de volver al campo y contribuir con nuestra autosuficiencia alimentaria, embarcándose en distintos proyectos, le ha dado un gran impulso a la diversificación, pero sobre todo se ha constituido en un gancho para que aquellos que antes percibían las labores agrícolas como una actividad menor, vinculada al atraso, las empiecen a ver de manera diferente.

Nuestra meta como pueblo debería ser que, cuando vayamos a comprar alimentos, tengamos la opción de escoger productos cosechados aquí, sobre todo en lo que respecta a tubérculos,

legumbres o cítricos. Hace año y medio se hablaba de darle un impulso decisivo a la producción de piña, una variedad nuestra que está considerada entre las mejores del mundo. Para ese entonces había unas 365 cuerdas sembradas y se dijo que el renglón aportaba más de un millón y medio de dólares al ingreso bruto agrícola. Se instruyó a los consumidores para que reconocieran y privilegiaran la piña local en los supermercados. Esto no ha tenido efecto porque hoy día, en muchos comercios, la única piña disponible es importada. Cambiar esa realidad por una que nos permita consumir un producto mejor y más fresco, y a la vez respaldar la economía, debe ser la meta.

El empeño que se ha puesto en el arroz es encomiable.

Que se hayan cosechado más de un millón y medio de libras en 308 cuerdas, y que estemos a la espera de la cosecha de otras 200 cuerdas adicionales, es una noticia alentadora para un país que importa el 85 por ciento de los productos que consume y que debe enfocarse, ahora con mayor urgencia, en disponer aunque sea de una pequeña reserva de alimentos y no vivir al día.

La industria del café, una asignatura obligada, pero frenada cada año por la escasez de mano de obra, tiene que revitalizarse por los mismos motivos: se han estado importando casi 200,000 quintales anuales para poder satisfacer la demanda local, una cifra imperdonable si se piensa en el potencial cafetalero de las montañas del País, cultivo que beneficiaría a por lo menos 21 municipios.

Por lo pronto, el aumento en el ingreso bruto agrícola es un paso de avance que merece reconocimiento, por lo que representa en materia de desarrollo socioeconómico y en lo que respecta, con base propia, a la seguridad alimentaria de nuestro país.